



## ¿...MÁS ES MENOS...?

Por **Joan Botella**, Catedrático de Ciencia Política de la UAB  
Ilustraciones de **Diego Marmolejo**

Una de las maneras más rápidas y exactas de definir la globalización es verla como el proceso que lleva a comprimir las coordenadas de tiempo y espacio: todo está cerca y es accesible en todo momento. Hay tormentas tropicales en Galicia, del mismo modo que hay naranjas en verano, cerezas en diciembre y turistas todo el año y en todas partes. La desestacionalización o la facilidad para los desplazamientos son sólo la superficie del proceso de cambio que vivimos: lo que se produce por debajo es que se borran los límites que hasta ahora delimitaban lugares, momentos, y que al dibujar límites lo que hacían era organizar el ritmo y la sintaxis de las biografías individuales.

Este inmenso proceso de cambio se nos presenta, esencialmente, como un gran aumento de posibilidades a nuestro alcance y, por tanto, como un aumento de libertad. La oferta es plétórica: en los mercados encontramos comidas de todos los rincones del mundo; los últimos artículos electrónicos aparecen y desplazan a los anteriores a una velocidad apabullante; cada día hay nuevas cadenas de televisión; los sitios de Internet donde descargar música o películas se multiplican (y ya he renunciado a seguir los *blogs* de mi especialidad).

Estamos pues en las antípodas de la máxima de la *Bauhaus*. "Menos es más", nos decían, y esta máxima encerraba un credo estético, técnico y creativo —es decir, una ética. La racionalidad conducía a mirar las cosas con

una mirada lúcida y exigente, y esta mirada permitía eliminar lo excesivo, lo ruidoso, lo sobrante, para concentrarse en lo esencial, lo auténticamente significativo: con menos elementos es posible llegar al fondo de las cosas. Exactamente: **menos es más**. El funcionalismo, la arquitectura racionalista, el mobiliario diseñado, que se adueñaron de nuestros domicilios, que constituyeron las guaridas de nuestra especie, respondían en último extremo a esa forma de ver el mundo.



Pero hoy, todos os lo dirán, racionalismo y funcionalismo han desaparecido del panorama, ya no están de moda. El programa posmoderno ha supuesto la eliminación de la línea recta, de la simplicidad, de la creencia en la posibilidad de ajustar el mundo a nuestros planes, y ha impuesto en cambio el retorno de lo superfluo, de lo orgánico, del ruido en torno a la señal. En la arquitectura, Niemeyer podrá seguir vivo y activo, pero quienes imperan son Bofill, Foster, Gehry, Calatrava... Y lo mismo se podría decir de muchos otros campos artísticos.

Obsérvese que, visto así, el programa posmoderno se ajusta como un guante al proceso de globalización tal como antes lo presentábamos. No se trata ya de un nuevo episodio de la vieja alternancia entre clasicismo y barroco, sino de una modificación sustancial y que quiere ser irreversible (¿podemos imaginar una vida sin Internet?).

Sin embargo, la aceleración continua de la aparición de nuevos servicios, productos, modas, artefactos o de nuevas posibilidades genera estrés, insatisfacciones. Y entre ellas, una en primer término: el retroceso de la calidad de vida. Ya hace 25 años que Serrat cantaba "las manzanas no huelen"; los muebles de nuestros abuelos duraban generaciones, pero lo que hoy podemos comprar en Ikea seguramente no. El ritmo en el que cambian las cosas se ha hecho apremiante y los que pueden lo siguen sacando la lengua (y tengo la impresión de que el número de gente que no puede seguir está creciendo).

Es legítimo creer, entonces, que tenemos MÁS cosas y MÁS ofertas, pero que su rendimiento en términos personales y colectivos es MENOS calidad y MENOS significación.

Si esto es cierto, convendría pensarlo todo un poco más, y empezar a planear estrategias al respecto. Una aparece en primer plano: ante el deterioro de la calidad en el ámbito colectivo (desde las calles hasta las modas, pasando por los medios de comunicación), potenciar y reconstruir ámbitos personales, familiares y micro-sociales en los que se reencontrare la comunicación y el sentido de las cosas.

Del mismo modo que se reivindica la agricultura ecológica frente a la agricultura industrializada, estaría bien empezar a pensar en la reconstrucción de relaciones humanas. Reconstruir paisajes, espacios públicos, casas: en definitiva, eso es lo que significa ecología.

